

In chap. 10, Doug Henry discusses a case study of a collective experience of the manifestation of trauma among women during the Sierra Leone War. During the war, women were experiencing sleep paralysis coupled with collective visions of nighttime rape by witch spirits. What is truly interesting about this case study is the fact that experiences of stress and trauma and an increase in social and political anxieties could manifest themselves in a somatic condition but also in a collective social/psychological expression of distress. Further, this chapter is a perfect example to remind us again that the cultural (and in this case gendered) manifestation of stress or trauma may vary – how physical and social bodies react to trauma is not universal, and when studying the effects of violence within a culture it is important to remember that.

Erin Finley provides an interesting perspective on the understanding, identification, and diagnosis of PTSD in the American military in chap. 11. This chapter is especially thought-provoking in two major ways. The first is through the discussion about the diagnosis of PTSD, both in the difference between understanding and distinguishing periods of stress from posttraumatic stress disorder, and the conflict over the diagnosis among military personnel with the hesitation to admit to any sort of “weakness” and self-denial of stress. The second, perhaps most thought-provoking discussion in this chapter is Finley’s discussion of the stress that the chaplains who counsel the soldiers can experience themselves, and where they can turn to for help or to work through feeling of spiritual crises and trauma. Finley uses the example of a chaplain who had four suicides in a six-week period at his last posting, and how he was suggesting that it was affecting his spiritually, reminding us that sometimes the trauma experienced for some comes after the battle is fought.

“Genocide and Mass Violence” concludes with bringing everything together and summarizes the book nicely. Laurence J. Kirmayer pulls the defining characteristics from various chapters that best explain the three sections of the book: trauma memory, post conflict response, and the resistance, repair, and recover that individuals, families, communities, and nations undergo throughout the course of their experiences. In doing so he provides a conclusion that best captures the purposes of this edited volume; that trauma does not end when war or battle is over; it persists as a memory. Forgetting and remembering mass violence and trauma factors into how it affects the physical and social body, both somatically and psychologically, and it is through this process that recovery can begin.

“Genocide and Mass Violence” is an extremely successful volume that not only brings together an amazing and interesting collection of research and collaborators but forces the reader to consider how experiences of violence continue to unfold beyond the battlefield. Its cross-disciplinary approach gives the reader new insights and perspectives that would otherwise be lacking from a single-field examination and produces a truly unique work.

Caryn E. Tegtmeier

**Honychurch, Lennox:** *Negre Mawon. The Fighting Maroons of Dominica.* Dominica: Island Heritage Initiatives, 2014. 273 pp. Price: \$ 23.00

**Pattullo, Polly** (ed.): *Your Time Is Done Now. Slavery, Resistance, and Defeat. The Maroon Trials of Dominica (1813–1814).* (Compiled and Edited by Polly Pattullo, Introduction by Bernhard Wiltshire.) London: Papillote Press, 2015. 166 pp. ISBN 978-0-9571187-7-5. Price: £ 9.99

La introducción de esclavos africanos, por lo general destinados, aunque no exclusivamente, al trabajo en las plantaciones que requerían extensa mano de obra (generalmente de café y caña de azúcar) se dio, con mayor o menos intensidad, en el Caribe y algunos países de América del Sur. Como fenómeno concomitante, y con distinto éxito, muchos huyeron hacia regiones donde estaban a salvo de los pobladores de origen europeo.

Conocidos bajo la denominación “cimarrones”, precedente del español, o como “maroons” en las regiones ocupadas por los ingleses, la bibliografía sobre sus formas de organización y resistencia ha aumentado considerablemente en las últimas décadas. Una de las pocas excepciones era hasta ahora la pequeña isla de Dominica, una de las Antillas Menores: las monografías de Honychurch y de Pattullo cierran exitosamente esta laguna bibliográfica. Si bien ambas focalizan en los maroons, la de Honychurch apunta a dar una perspectiva diacrónica de la historia de la isla y de los diferentes grupos de población y su destino a lo largo del tiempo. A lo largo de 16 capítulos, se refiere a la compleja orografía, a los tempranos comienzos del poblamiento por parte de indígenas kalinago (caribe) y maroons, las alternativas ocupaciones de la isla por británicos y franceses y las guerras entre los maroons y las autoridades inglesas.

La publicación de Pattullo, por su parte, se concentra en el resumen de los juicios hechos a los maroons en las últimas fases de estas guerras, en 1813–1814, guerras que llevaron a su definitiva derrota, y que Honychurch trata más someramente hacia el final de su libro (217–254). Se trata de una especie de fotografía instantánea, una perspectiva sincrónica de estas guerras, que transmite lo que por lo general nunca se consignó: las declaraciones textuales de los maroons en los juicios.

Para entender el alcance del fenómeno maroon en Dominica, es necesario tener en cuenta la cualidad de refugio que esta ofrecía a grupos de población provenientes de islas que habían sido pobladas más tempranamente y que encontraban allí un nicho a salvo de la esclavitud o del alcance del brazo de la ley. La mayoría de los migrantes provenía de Martinica y Guadalupe, que habían sido pobladas por europeos hacia 1630, y cuya relativa cercanía (entre 80 a 100 km respectivamente de Dominica) hacía posible el contacto. Hacia mediados del siglo XVI vivían varias decenas de europeos y africanos con los indígenas kalinago (caribe). La estrategia común destinada a la supervivencia unió a indígenas y africanos en una relación simbiótica, que terminó en 1700, cuando las autoridades renunciaron a esclavizar a los indios y se les otorgaron tierras en la costa este de la isla. Los kalinago vivieron allí en adelante en aislamiento y sin ningún tipo de con-

frontación con la sociedad colonial (Honychurch: 172). La política de evitación seguida por los kalinago fue seguramente determinante en el hecho de su supervivencia hasta la actualidad, un caso excepcional en el caso de los indígenas caribeños.

Lo que confiere peculiaridad al caso de Dominica es que, cuando comienza la ocupación inglesa en 1764, ya había grupos de población que vivían allí libremente hacía décadas. A pesar del limitado territorio de esta, la abrupta orografía del terreno y la densa selva tropical permitió a los maroons guarecerse en zonas prácticamente inaccesibles y defenderse de la persecución hasta épocas tardías. Algunos jefes vivieron hasta cuarenta años en libertad. El hecho que no existían prácticamente caminos, y que el ascenso debía hacerse por empinados escalones tallados en la roca, sumado al hecho que algunos asentamientos se hallaban en plateaus, situados al borde de al menos tres precipicios y rodeados de empalizadas y trampas, hacía a las aldeas maroon prácticamente inexpugnables. Honychurch (82) ve a estos campamentos como similares a comunidades del África Occidental recreadas en el Caribe, coadyudado por el hecho que muchos de los grandes jefes habían nacido en África. Lamentablemente, aparentemente no existe información sobre el importante tema de la composición étnica de las aldeas.

Además de lograr una producción notable en la agricultura, los maroons alcanzaron un alto nivel de organización social, que incluía mujeres y niños, bajo la hegemonía de un jefe. Abandonaban sus aldeas para comerciar, robar ganado, asaltar plantaciones y cometer homicidios. Como contrapartida, las autoridades destruían sus cosechas y sus campos.

Entre 1778 y 1784 la isla estuvo en posesión de los franceses, año en el que por el Tratado de Versalles, fue devuelta a los ingleses. En estos pocos años mejoran aparentemente las condiciones de vida de los maroons, que se identificarán parcialmente con los franceses pero jamás con los ingleses. Con el arribo de los ingleses creció la magnitud de la importación de esclavos, muchos de los recién llegados, que habían vivido libremente en África, huían a la montaña, reforzando así el número de los que allí vivían.

Aunque los maroons fueran exitosos agricultores, habría preguntarse cómo era posible la supervivencia de varios cientos de personas. Las declaraciones en los juicios presentadas por Pattullo evidencian la existencia de activas redes de intercambio entre los maroons de las montañas y los esclavos y trabajadores de las plantaciones: Los maroons visitaban a estos y trocaban con ellos productos selváticos como el *wahwah* (un yam silvestre), y ranas comestibles por sal, pescado salado, armas y municiones. El botín obtenido en robos les permitía así obtener bienes que no podían producir.

Si bien no se desprende de las fuentes de qué modo la identidad étnica desempeñaba o no un papel en el establecimiento de las aldeas, su importancia puede juzgarse a partir de lo sucedido en 1795, cuando las autoridades introdujeron esclavos de África Occidental con el exclusivo fin que se desempeñaran como soldados para combatir a los maroons. Estos se rebelan, matan a varios oficiales

blancos y se apoderan de la guarnición, de lo cual queda un saldo de unos cien muertos. Las causas de la rebelión muestran la diferencia radical entre lo que los ingleses consideraban un cuerpo de soldados, con una composición heterogénea y la concepción de los africanos, que se negaban a actuar en conjunto y vivir conjuntamente, sin distinciones tribales.

La publicación editada por Pattullo, por su parte, está dedicada a épocas posteriores, cuando los maroon son vencidos a lo largo de crueles guerras llevadas a cabo por el gobernador Ainslie en 1812–14. En 1813, unos 800 cimarrones, la mitad de los cuales eran mujeres, vivían en catorce aldeas en regiones recónditas de la isla, atacaban plantaciones y cometían robos en Roseau, la capital (Pattullo: 18). La población total era de 26.000 personas, de las cuales casi 22.000 eran esclavos, 1.300 eran blancos y unas 3.000 personas libres de color. La obra de Pattullo consiste en el resumen de los juicios hechos a los maroons, a partir de documentos hasta ahora inéditos, entre otros, transcripciones que se hallan en los archivos nacionales de Inglaterra, y en parte en los archivos nacionales de Dominica.

El principal valor de la publicación de Pattullo se halla en el hecho que, en algunos casos, se transcriben las preguntas hechas a los acusados y las respuestas de estos, lo cual es una excepción, ya que rarísima vez se han consignado las voces directas de esclavos. Como motivo de su huida, algunos acusados esgrimen repetidos e injustos malos tratos que recibieron de sus dueños. A deducir de las transcripciones de los juicios, todos se declararon inocentes, y no existen indicios de que alguno de ellos haya pedido clemencia.

En 1814, como resultado de juicios sumarios, hechos por la ley marcial, todos los jefes habían sido muertos o capturados, 577 maroons (una tercera parte de los cuales eran mujeres) que fueron ajusticiados o se rindieron. Aquellos que se rendían eran devueltos a sus dueños. Los castigos consistían, según la gravedad de los delitos, en ejecución, flagelación o exilio. A menudo la cabeza del ejecutado era exhibida públicamente, con el fin de atemorizar a sus compañeros. Las regiones donde se cumplía el destierro eran Trinidad y Guyana, donde se necesitaba en las plantaciones más mano de obra. La pena de muerte no se aplicaba solo a los maroons, sino también a los esclavos de las plantaciones que habían hecho trueques con ellos. Incluso en algún caso, un individuo libre fue por esta razón condenado a muerte.

El gobernador Ainslie es llamado a Inglaterra por sus superiores y amonestado duramente por su crueldad y por haber impuesto la ley marcial, que no tenía derecho a ejercer en esas circunstancias. En vez de permitirle regresar a Dominica, como era su voluntad, se lo envía a la pequeña isla de Cape Breton, en Canadá, de la cual se retira ante nuevos problemas.

Si bien las estrategias de defensa de los maroons fueron decisivas para el éxito de su larga resistencia, hay aspectos religiosos que jugaron un papel, si bien se los menciona someramente en ambas obras. De las declaraciones de los acusados se desprende la importancia de la práctica de *obeah*, que se halla difundida hasta la actualidad en

gran parte del Caribe. *Obeah* es un concepto plurisemántico, por un lado posee una concreción materializada en un pequeño objeto, al que se le adscribían distintas cualidades de protección, pero que incluye además prácticas realizadas por especialistas, entre otras, terapéuticas. Los maroons realizaban complejos ritos para volverse inmunes contra las armas de los blancos (Honychurch: 240). Durante la llamada primera guerra maroon, en 1785–86, un jefe maroon condenado a muerte, tiene dos preocupaciones: el destino de su hijo y de su *obeah*, que llevaba colgada al pecho y deseaba enterrar antes de morir. Las autoridades intentaron desterrar la práctica de *obeah*, pues la veían como una superstición que asimilaban a la brujería; temían sobre todo el hecho que creaba redes de relaciones entre los esclavos, similares a sociedades secretas (Honychurch: 120). En algunos casos, como con respecto a dos mujeres, mencionado por Pattullo, las autoridades unieron ambas acusaciones y condenaron a dos mujeres por ser maroons y por practicar la “brujería” (*obeah*).

El fenómeno de los maroons en Dominica tiene paralelos con fenómenos similares en otras regiones con respecto a otros grupos de población. Durante la breve posesión de la isla por los franceses (1778–1784), los maroons habían hecho alianzas con ellos, de quienes habían obtenido armas. En esta época, realizaban sus ataques y expediciones de robo ostentando los colores de la bandera tricolor francesa. Estas alianzas recuerdan los numerosos casos en que un grupo indígena se alió a uno de los poderes coloniales presentes en la región, de quien habían recibido un trato más amable o generoso, en contra de otro (por ej. entre los grupos indígenas que vivían en regiones tanto de influencia de la Corona española como la portuguesa).

Pero también otros sucesos entre los maroons muestran la similaridad de la aplicación del poder sobre grupos de población diferentes: El gobernador Ainslie se había asegurado la colaboración de esclavos, a los que les prometía la libertad si guiaban a las patrullas de castigo por el interior de la isla y mataban a los maroons que se negaran a rendirse. Con ellos había formado, bajo el mando de oficiales blancos, una milicia que conocía los intrincados accesos a las aldeas maroons y podían guiar a los oficiales. Esta milicia, conocida bajo el nombre de Black Rangers, fue decisiva en el triunfo inglés. *Mutatis mutandis*, este fenómeno presenta paralelismos entre lo sucedido con grupos indígenas del Amazonas y otras regiones de las tierras bajas de América del Sur, que actuaban como soldados en empresas destinadas a sacar por medio de la violencia traer del interior de la selva a otros indígenas que habían elegido vivir en libertad.

De las consideraciones anteriores se deduce que ni Honychurch ni Pattullo han escrito dos obras a gran escala, o han llevado a cabo una comparación de este fenómeno con otras regiones del Caribe, sino que han focalizado en el caso concreto de Dominica. Lo que se pierde en extensión regional se gana en una riquísima información, en el cual a veces, como en la breve biografía de los grandes jefes maroons (Pattullo: 152–155), estos se nos aparecen como hombres de carne y hueso. Sería muy sugestiva hacer una comparación entre este caso concreto y movi-

mientos similares de resistencia y evitación en Jamaica y Surinam, donde los maroons establecieron tratados con el poder colonial, evitando así el exterminio. Para obtener un panorama exhaustivo de la situación de los maroons en Dominica es recomendable la lectura de ambos libros.

El libro de Honychurch es rico en ilustraciones, dibujos, fotos y mapas, un material que acompaña magníficamente el texto. Las reproducciones del no muy conocido pintor Agostino Brunias, un pintor italiano residente en Londres, que viaja acompañando a un gobernador, muestran un vívido panorama de la vida en la colonia. Sus cuadros, la mayoría sobre la población de color, aunque algunos también sobre los kalinago, muestran una composición de la población más heterogénea que el cliché que consiste en imaginar grupos de blancos en contraposición a negros esclavos: algunos dueños de plantaciones eran mulatos, algunos negros libres poseían esclavos, e incluso un esclavo, si su dueño lo permitía, podía comprar otro esclavo. La población de color en buena posición se hacía retratar vestida a la moda francesa, rodeada de sus lacayos negros vestidos con librea.

María Susana Cipolletti

**Inhorn, Marcia C., Wendy Chavkin, and José-Alberto Navarro** (eds.): *Globalized Fatherhood*. New York: Berghahn Books, 2015. 419 pp. ISBN 978-1-78238-437-3. (Fertility, Reproduction, and Sexuality, 27) Price: \$ 120.00

You may have seen a view of Earth taken from outer space at night. The light of electric human habitation forms distinct patterns. While this 2015 edited volume purported to offer a unique view of human fatherhood around the globe, what really shines is a scattering of compelling case studies. This volume’s contributions thus light up bits of the night sky, but most of the surface is dark.

The ambitions of this volume are expressed in the opening “Acknowledgements”: “To our knowledge, [Globalized Fatherhood] represents the first collection of studies on fatherhood by scholars working in a variety of sites around the world” (ix). This is an audacious claim, for which the editors’ apparent gaps in knowledge of the literature are remarkable. They even cite authors who have done a much more thorough job of discussing fatherhood globally! Readers might refer to works by leading fatherhood researcher Michael Lamb, including a 2013 volume (“Fathers in Cultural Context”) he coedited with David and Barbara Shwalb, which attends to central patterns of breadwinning, direct childcare, and legal dimensions of fatherhood internationally through a reliance on interdisciplinary quantitative and qualitative research.

The volume covers a range of material. A helpful “Introduction” sets the stage, and points to five recurring themes prevailing in the ensuing 16 chapters: work, migration, care, reproduction, and family formation. Although the book purports to address fatherhood globally, the featured chapter topics tend to occupy specific niches and involve small samples of men rather than focus on widely generalizable findings. A chapter on Japanese pa-